

más diversidad como derecho abstracto, sino una infinita declinación de lo viviente, una multiplicidad ontológica sólo pensable con las variaciones que los animales están siendo en cada instante.

El animal... apunta, en fin, al encuentro de ese instante con la alteridad animal, pero es un proyecto destinado a “fallar”. Una suerte de acompañamiento enormemente anhelado –necesario a la vez que imposible– de los movimientos animales que producen sentido (como el vuelo del murciélago, que en su singular movimiento hace uso de una gramática para trazar un poema en el aire). Tomemos, entre otros, el análisis que hace de “lo abierto”, cruzando la lectura de Heidegger y Agamben con las producciones de Rilke y Hölderlin, o sobre el concepto de *Umwelt* con Uexküll, Merleau-Ponty y Heidegger nuevamente, y veremos patentemente la particular forma con que la que el autor propone repensar lo animal.

En suma, Bailly nos ofrece en esta oportunidad una lectura estético-política de los animales. Ellos, al igual que lxs niñxs, juegan zarathustreanamente y se esconden con jocosidad, pero también pueden ser violentos y estar sumamente asustados. ¿Cómo evitar querer tocarlos, dejando de pretenderlos a la mano, sin abandonarlos? No hay caricia que valga, mas debemos estar a la espera de sus pensamientos para resignificar la soberanía del mundo que compartimos: “la pensatividad de los animales, o al menos lo que busco designar y apuntar así, no es ni un divertimento ni una curiosidad: lo que ella establece es que el mundo en el que vivimos es mirado por otros seres, es que hay un reparto de lo visible entre las criaturas y que una política podría ser inventada a partir de allí, si es que ya no es demasiado tarde” (p. 31).

German E. Di Iorio

Andrea Cavalletti, *Sugestión. Potencia y límites de la fascinación política*, trad. María Teresa D’Mesa, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2015, 235 pp.

Sugestión, Potencia y límites de la fascinación política es el tercer libro de Andrea Cavalletti que se publica en nuestro país. Lo anteceden *Mitología de la seguridad*, *La ciudad biopolítica* (2010), donde se inicia una lectura espacial del concepto de población en clave foucaultiana, y *Clase. El despertar de la multitud* (2013), que participa de la discusión filosófica contemporánea acerca del concepto de multitud a partir de una novedosa interpretación de una nota benjaminiana en la que se busca distinguir la clase proletaria revolucionaria de la masa impenetrable, compacta y emocionalmente manipulable de la pequeñoburguesía. Heredero legítimo del mejor estilo ensayístico italiano, Cavalletti recorre en sus libros tradiciones diversas del pensamiento europeo con una exquisita técnica de montaje y desmontaje que produce un

discurso muy actual sobre el sistema de poder puesto en marcha en el siglo XVIII, según el diagnóstico de Foucault que el filósofo italiano profundiza. Los tres libros están conceptualmente encadenados: si en el primero denuncia la máquina mitológica del dispositivo espacial securitario que busca evitar toda posible fuga de la multitud, y el segundo llama a la destrucción de la masa sugestionable a partir de una definición potencial de la clase que excede las determinaciones actuales y deja entrever la posibilidad de vínculos y conductas imprevistas, el tercero aborda el núcleo indefectiblemente sugestivo de todo dispositivo de dominación con el objetivo de ayudarnos a vislumbrar el carácter ingobernable del poder, la inseguridad fundamental que lo acecha.

Sugestión se desarrolla a través de una sutil y detallada exégesis de “Mario y el mago”, el relato breve de Thomas Mann escrito en 1929 a partir de los irritantes recuerdos de su estancia en Forte dei Marmi, en Italia, durante 1926, junto a su familia. “La *nouvelle*, dice Cavalletti, fue escrita durante el fascismo, y restituye el clima de la feroz dictadura, prefigura su resultado, ilumina sobre todo sus condiciones” (p. 201). Es esta narración y la discusión con sus principales comentaristas, como Mayer o Lukács, lo que sirve de marco general de la investigación que Cavalletti abre en torno a la cuestión de la sugestión de las masas y la ontología económico-política que la sostiene.

Tres son las teorías que comparecen en la caracterización del biopoder presente en las sociedades occidentales desde el siglo XVIII: la del magnetismo animal de Mesmer, sus defensores y detractores, como una “teoría política radical”; el hipnotismo, como sugestión en estado de sueño; y el psicoanálisis, como contrasugestión. Es a partir de la glosa de los textos de estos debates que surge una caracterización del gobierno biopolítico en tanto originariamente magnético y sugestivo, securitario y espectacular. En él, no obstante, la relación de poder no está nunca garantizada, pues, al ser toda relación de dominación sugestiva, una indeterminabilidad constitutiva la atraviesa y desestabiliza, amenaza con hacer colapsar las jerarquías: al disolver el ordenamiento de la voluntad, el poder hipnótico confunde lo activo con lo pasivo, pone al orden en el mismo plano de la resistencia, despierta la contrasugestión resistente y difunde la anarquía (p. 178). Por ello el Estado debe asegurarse el monopolio de la sugestión a través de la amenaza y el control policial, aunque incluso así no logra ocultar completamente su inestabilidad: “la fuerza que plasma en los sujetos, que se instala en el lugar donde nacen todas las voluntades, los miedos y los deseos encuentra una pasividad que será a su vez y en sí misma una resistencia”, afirma Cavalletti (p. 202) luego de haber presentado la cuestión de la *dynamis* aristotélica desde la perspectiva heideggeriana que pone en evidencia la relación de dependencia de la fuerza (*Kraft*) con respecto a su privación (*stéresis*), es decir, lo que padece o resiste. Si el gobierno biopolítico es, como bien había definido Carl Schmitt, “una máquina psicotécnica de sugestión de masas” que afirma su autoridad con imitaciones y lecciones ejemplares —es decir, un poder educativo

y paternalista que induce a creer en la posibilidad de un dolor disponiendo la esperanza en el lugar dejado vacante por la no existencia del dolor (p. 30)– siempre se le puede oponer, como quería Benjamin, la confianza en una “imprevisibilidad que no puede ser aprendida o enseñada ya que siempre es al mismo tiempo aprendida y enseñada” (p. 202).

Así, en el libro comparecen Aristóteles y Hegel como par filosófico para pensar; a través de la lectura de Heidegger, el problema de la pasividad de un modo actual. Pero a su vez, el diagnóstico foucaultiano sobre el funcionamiento del biopoder es una premisa de la que parte todo el análisis y es Benjamin quien ofrece una posible línea de fuga. Acaso con una impronta agambeniana, Cavalletti parece querer conciliar estas tradiciones pensando la *dynamis* como resistencia inmanente a la vez que ingobernable.

Uno de los aspectos más interesantes del libro reside en la centralidad que adquiere el arte para la caracterización filosófica del poder sugestionador. Ciertamente, aunque el esfuerzo de Cavalletti está orientado a exponer una reflexión en torno a cuestiones clásicas de una filosofía política, este libro –al igual que *Clase*, que aborda justamente el texto de Benjamin sobre la reproductibilidad técnica de la obra de arte– pareciera asumir un entrelazamiento particular entre estética y política que elude toda escisión disciplinar y permite no sólo plantear un diagnóstico del poder sugestivo del gobierno biopolítico y los posibles modos de fuga, sino también dejar sugerida la especial prestación del arte en el sistema de fascinación. En efecto, leemos allí no sólo una interpretación pormenorizada del relato de Mann, sino que también se discute *La paradoja del comediante* de Diderot llamando la atención sobre el teatro como paradigma del funcionamiento mimético del poder; se señala en la arquitectura un “*medium* de la energía social” y se analiza con detalle la película *Whirlpool* (1949) en la que se retrata de modo ejemplar la lucha entre el psicoanálisis y la sugestión por el alma de su protagonista cuya mirada parece traspasar la pantalla e hipnotizar al público.

La literatura, además, parece cumplir un doble rol permitiendo, a la vez, hacer visible el funcionamiento del poder espectacular y sugestivo y señalar la posibilidad de su detención. En el último capítulo del libro se presenta una novedosa interpretación de aquello que desencadena la escritura de “Mario y el mago” y de la sugerencia de su hija menor que le permite a Mann salir del estado de fascinación por los eventos que presencié y caer en “el nuevo sonambulismo de la escritura” (p. 200): la escritura es pensada aquí como un orden sin poder que permite al menos pensar el final de la mágica autoridad. Así, por un lado, la literatura se muestra como parte fundamental del poder sugestionador y cohesionante del mito, pero, por el otro, es la práctica en la que fuerza y potencia se indeterminan.

Finalmente, y como parte del efecto paradójico que toda lectura fuera de contexto implica, este libro nos deja dudas respecto de una posible relación entre

la crítica al poder estatal y el neoliberalismo. En efecto, a lo largo de sus investigaciones, Cavalletti –europeo él– ha recurrido a fuentes europeas para pensar el rol y el funcionamiento del Estado y postular la necesidad de pensar una salida del Estado. Cabe preguntar entonces si no se trata de un problema exclusivamente europeo, surgido de la historia y de la operatoria de los Estados-nación europeos, incluso aunque fuera posible extender genuinamente el análisis a ciertos sectores del mundo globalizado. Porque leído desde Argentina y a partir de los recientes acontecimientos políticos –me refiero al cambio de dirección política del gobierno que pasó de una defensa del “fortalecimiento del Estado” a su desmantelamiento en nombre de la crítica liberal de la obsolescencia estatal–, pero también de los acontecimientos paralelos en otros países latinoamericanos –Honduras y Paraguay con sus gobiernos destituidos, Bolivia y la negativa a la nueva postulación de Evo Morales, la embestida mediática contra el gobierno brasilero que terminó con la suspensión de su presidenta–, un libro abiertamente antiestatalista y sin matices históricos o geopolíticos, despierta cierta perplejidad. En Argentina un nuevo poder espectacular, sugestionador y ultravioletado se ejerce ya no sólo desde el Estado, sino directamente desde la imposición por parte de las empresas transnacionales (agronegocios, petroleras, mineras, financieras, etc.) de políticas de achicamiento del Estado en nombre de una mejor autorregulación del Mercado (no es casual que los nuevos funcionarios estatales provengan en gran parte del sector privado internacional). En este marco, cabría preguntar a Cavalletti, y con él a los grandes filósofos políticos italianos, “¿de qué modo piensa usted que la lucha contra el Estado puede separarse de y no ser agenciable por un discurso neoliberal que también denuncia el autoritarismo estatal?”

Paula Fleisner

Silvano Facioni, Simone Regazzoni, Francesco Vitale, *Derridario. Dizionario della decostruzione*, Genova, il melangolo, 2012, 224 pp.

Existe muchos diccionarios de las nociones del pensamiento derridiano: obviamente, ninguno puede ser completo, y es de esperar que, a medida que se vayan publicando los seminarios que aún permanecen inéditos, seguirán apareciendo nuevos diccionarios. Derrida pensaba la herencia en términos de elección y decisión: en la inyunción de reafirmar eligiendo. La herencia es siempre del orden de lo finito, de lo limitado y de la elección, y está sometida a la deriva diseminatoria.

El tema es, entonces, cómo se eligen las voces que integran un diccionario, y cuánto lugar se le da a cada voz. En este caso, sólo diecisiete voces integran el texto: “archi-escritura”, “auto-afección”, “autoinmunidad”. “*Khôra*”, “deconstruc-